



JOSÉ LUIS VILLACAÑAS, *Neoliberalismo como teología política. Habermas, Foucault, Dardot, Laval y la historia del capitalismo tardío*, Ned Ediciones, 2020, 282 pp. ISBN: 978-84-18273-01-8.

José Luis Villacañas, catedrático de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, es autor de numerosas obras entre las que podemos destacar *Historia del poder político en España* (2014) o *Teología política imperial y comunidad de salvación cristiana* (2016). En *Neoliberalismo como teología política* lleva a cabo un detallado análisis del neoliberalismo, con el objetivo de mostrar que éste ha llegado a convertirse en toda una teología política que, en términos habermasianos, ha conducido a que la *ratio* económica colonice el mundo de la vida.

Es justamente con Habermas con quien Villacañas comienza su análisis. Partiendo del autor alemán, así como también de su complejo aparato filosófico, nos muestra la crisis y los problemas de legitimidad del capitalismo tardío, problemas a los que vendría a dar una solución el ideario neoliberal. No obstante, no es con Habermas con quien Villacañas dialoga a lo largo de toda su obra. Sus interlocutores principales son Dardot y Laval, quienes, partiendo de Foucault —a quien Villacañas también se referirá a lo largo de toda la obra— sostienen que “la actual Europa —a diferencia de la original— se ha construido desde un esquema neoliberal por la influencia decisiva de Alemania en su formación” (p. 12).

Y es que la construcción de la Unión Europea constituye, a ojos de nuestro autor, así como también de Dardot y Laval, uno de los momentos cruciales del proceso de hegemonización llevado por parte del neoliberalismo. La crisis del capitalismo tardío denunciada por Habermas “sólo podía resolverse intensificando el sentido de la libertad” (p. 54). Por supuesto, la libertad que dibujará el neoliberalismo será de carácter eminentemente económica y la interpretará de tal manera que la reduce al imperativo de la novedad, lo que, a su vez, convierte en hegemónica la posición del *Homo economicus*. Pues bien, la intensificación de la libertad propia del *Homo economicus* requería que Europa ganase competitividad, algo que sólo podía medirse mediante la estabilización monetaria, esto es, mediante la instauración de la moneda única, que deja la devaluación de la moneda al margen de la soberanía de los Estados.

Como se ha mencionado, la tesis principal de Villacañas —que da nombre a la obra aquí reseñada— es que el neoliberalismo ha llegado a constituirse en la última teología política, esto es, el neoliberalismo habría llevado a cabo la reunificación de la división de poderes, la reunificación de la diferencia entre la vida exterior y la vida interior. Como afirma Schmitt en *Leviatán*, la creación del fuero interno, de la conciencia religiosa, por parte del judeocristianismo, provoca una ruptura entre el ámbito público y la convicción ética de cada individuo. Pues bien,

Teología política es el nombre para la reunificación, con aspiraciones de totalidad, de la división de poderes que, de un modo u otro, fue constitutiva de Occidente desde la irrupción del judaísmo y el cristianismo como religiones mundiales. (p. 75)

Esto es, lo que caracteriza a toda teología política es su intento, exitoso o no, de reunificar las creencias religiosas y morales del ciudadano con la motivación que empuja al poder político exterior. El neoliberalismo sería la última y la más exitosa de todas las teologías políticas habidas desde la fractura provocada por el judeocristianismo en el seno del imperio romano.

Paradójicamente, el aliado que le permite al neoliberalismo llevar a cabo una reunificación tal se corresponde con la figura del Estado. El neoliberalismo —que, según Villacañas, no debemos reducir meramente al ámbito económico, pues constituye una realidad eminentemente política— sólo puede constituirse en una ideología hegemónica “si y solo si logra vincular su dimensión de poder mundial con su dimensión de dominación gubernativa; de unificar su estrategia general con su gobierno local” (p. 98). El Estado gubernamental se convierte, de esta manera, en la herramienta que le da al neoliberalismo un poder local capaz, mediante el principio de soberanía, de gobernar a la ciudadanía. El autor nos muestra varios ejemplos de cómo diferentes Estados europeos se han ido adaptando a la hegemonía neoliberal, dando cuenta, por ejemplo, de cómo el gobierno del PSOE encabezado por Felipe González “utilizó su mayoría absoluta para impulsar una destrucción de todos los sectores económicos que no se ajustaban a la unidad de medida de la productividad alemana” (p. 63). Con todo ello, el autor muestra la necesidad que dominaba una serie de decisiones políticas que podrían parecer contingentes.

El carácter necesario —y, por tanto, no contingente— de este tipo de acciones políticas viene dado por el “terreno evolutivo correcto que gustaba a Habermas” (p. 35) y que el autor adopta como propio. Como es sabido, Habermas se inscribe en la tradición marxista evolutiva de los grandes relatos. Justamente es la no pertenencia por parte de Foucault a una tradición tal lo que explica, tal y como lo expone Villacañas, que Foucault “no pudo ver que estábamos ante una revolución civilizatoria integral, una nueva etapa de la humanidad” (p. 35). Sin embargo, tampoco Habermas pudo verlo (p. 33).

Villacañas recurre al concepto de “biopolítica”, acuñado por Foucault, para referirse al tipo de gubernamentalidad neoliberal que encuentra su anclaje local en la figura del Estado. Es importante dar cuenta de que Foucault no entiende por biopolítica lo mismo que había entendido Rudolf Kjellén, quien hablaba de biopolítica para definir al Estado como un ente al que se le pueden predicar características propias de cualquier ser vivo. Tampoco tiene que ver, aunque está fuertemente influenciado, por la idea de *biocracia* de Comte, quien usaba este término para referirse a la capacidad que tienen los animales de adherirse de forma espontánea a las normas de la vida. Foucault, a diferencia de estos autores, entiende la biopolítica como una tecnología de poder que “se dirige a los hombres en la medida en que forman una masa global, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida”¹ como puede ser el nacimiento y la muerte. No se trata de entender al Estado como si este fuera un ser vivo, como haría Kjellén, sino que trata de señalar que comienza a desarrollarse una preocupación sobre los aspectos biológicos por parte del poder. Este poder tiene por objeto a la población. Se entiende aquí la población como un tercer cuerpo, diferenciado no sólo del cuerpo individual sino también del cuerpo social. La idea de población pretende expresar una concepción de la sociedad de tipo holista, la sociedad sería un todo orgánico. La sociedad que surge de todo esto es denominada por Foucault como la “sociedad de la normalización”.

¹ M. Foucault, *Hay que defender la sociedad*, trad. de Horacio Pons, Akal, Tres Cantos (Madrid), 2003, p. 208.

El concepto de “normalización” es fundamental dentro del argumentario de Villacañas, pues le servirá para explicar cómo el neoliberalismo llega a influir en las convicciones éticas, el fuero interno, de cada individuo, reunificando así la división de poderes y constituyéndose en una teología política. Con el concepto de normalización, Foucault retoma la idea de Comte que ligaba la *biocracia* con la norma. No obstante, y a diferencia de este último, el pensador francés no habla de una adaptación a una norma vital, sino que más bien se trata de una norma socialmente construida a la que se adaptan los cuerpos en el nivel de la anatomopolítica y que sirve como base a las regulaciones sobre la población de la biopolítica. Es importante no confundir la norma con la ley, pues aunque ambas vienen a configurar la teología política del neoliberalismo, llevan a cabo roles distintos. Mientras que la norma compara a los actos y a los individuos con otros actos e individuos que son considerados como una regla a seguir, la ley los relaciona con un corpus impersonal. Además de ello, la norma parte de una valoración previa sobre las conductas para imponer una conformidad, su objetivo es alcanzar cierta homogeneidad. Por otro lado, la ley no tiene por objetivo la homogeneidad, sino que se limita a demarcar qué es lo permitido y qué es lo prohibido.

Uno de los méritos de la obra de Villacañas consiste en aplicar los conceptos foucaultianos a un ámbito y a una realidad política —el neoliberalismo— que Foucault no pudo llegar a analizar, mostrando cómo, mediante la normalización capitalista, el neoliberalismo constituye una nueva “naturaleza de las cosas”, “absolutizando el mundo económico como esfera única de sentido” (p. 182), lo que hace que el dispositivo capitalista sea dibujado como “natural”. (p. 184).

La categoría de “vida” resulta fundamental tanto para entender la filosofía de Foucault, como también para seguir de manera adecuada las ideas que va desplegando Villacañas a lo largo de su obra. Se trata, por otro lado, de una categoría que se ha vuelto central, desgraciadamente, en la política de estos últimos meses. La obra de Villacañas, tal y como explica él mismo (p. 245), estaba siendo finalizada cuando estalló la crisis del Covid-19, razón por la cual el autor decidió incluir a la obra un *Post scriptum*, de obligada lectura, reflexionando sobre este mismo tema.

Rubén Alepuz Cintas